

V/ 3371

FRAGMENTO INEDITO

DE UNA MEMORIA

SOBRE LA VIDA DEL BRIGADIER

DON MARTIN RODRIGUEZ.

Dictada por el mismo poco dias antes de su muerte, y cuya continuacion quedó interrumpida por ella.

El Brigadiér Jeneral D. Martin Rodriguez, nació en Buenos Aires el 11 de Noviembre de 1771.—Sus abuelos paternos fueron D. Ramon Rodriguez Morifio y Caballero, y Da. Maria Janez de Paz y Benavides, naturales de Buenos Aires.—Los maternos D. Fernando Rodriguez natural de Lisboa, y Da. Lucia Magallanes, de Buenos Aires.—Sus padres fueron D. Fermin Rodriguez, capitán con grado de mayor, que murió de comandante del pueblo de Chascomus.—Su madre Da. Tadea Rodriguez; ambos ricos y propietarios en tierras y ganados.—Empezó su carrera militar el año de 1806.—Fue nombrado Capitan en uno de los cuerpos urbanos, que se formaron para repeler la invasion inglesa al mando del Jeneral Berresford. Luego que este Jeneral se posesionó de la ciudad, los cuerpos quedaron todos disueltos. Berresford continuó sin que nadie lo incomodase. Despues de algunos meses, en los que él se convenció de que el pueblo en nada lo incomoda-

ria, empezó á dar paseos á caballo, acompañado del coronel Paek, un ayudante y dos soldados. Recorrian toda la ciudad. Tiempo despues llegaron hasta las quintas. En seguida hasta el paso de Burgos; punto que dista de la fortaleza de Buenos Aires como una legua. Entonces concebí el proyecto de apoderarme de Berresford y comitiva; para cuya empresa, me puse de acuerdo con diez mozos resueltos, bien montados y bien armados, y convinimos en esperar el dia en que saliese para echarnos sobre él y los suyos; empresa tan segura que Berresford no podia huir ni resistir, y apoderados de la persona de este Jeneral y sus acompañantes, dirijirnos con él á la frontera, y esperar allí el resultado que pudiera dar este paso. Mas habiéndolo sabido uno de mis amigos, D. Antonio Romero, me vino á ver y me rogó encarecidamente que suspendiese la empresa; porque si la llevaba á efecto los ingleses se vengarían en la poblacion. Me dijo que se

estaba tratando de dar un golpe de firme para libartar la ciudad, y que á su tiempo me avisaria. Pasó mucho tiempo sin ver realizado lo que este amigo me habia anunciado; hasta que D. Juan Martin Puirredon salió á la villa de Lujan, á reunir jente con el objeto de reconquistar la capital. Fui uno de los primeros que se le presentaron con 19 hombres; empezamos á reunir jente, armas, caballos y municiones, de que abundaba en este tiempo la campaña. Sabedor de esta reunion el comandante jeneral de frontera D. Antonio Olabarria, reunió el rejimiento de Blandengues, dirijió su marcha al punto de nuestra reunion, y llegado allí fué forzado por su graduacion cederle el mando. Inmediatamente se empezaron todos los preparativos para la marcha. Se emprendió esta con direccion á la Chacarra de Perdriel. Campamos allí, y el Sr. Olabarria me dió 20 blandengues, con los que aumenté la partida de los 19 hombres, y me ordenó que me avanzase una legua del campamento; colocase donde conviniese algunas partidas y estuviese en observacion por si el enemigo desprendia alguna fuerza de la ciudad, y venia á atacarnos á nuestro campo. A las 4 de la mañana del día siguiente, recibí la órden para que me replegase inmediatamente al campo, pues una fuerte columna de enemigos venia á atacarnos. Efectivamente así sucedió. Una columna de 600 granaderos del 71, con 4 piezas de artilleria de batalla dirijia su marcha sobre el campamento. El Sr. Olabarria hizo formar su línea de batalla. Los enemigos al aproximarse á tiro de cañon, rompieron el fuego de artilleria sobre nosotros, marchando siempre en

columna: pero habiéndose puesto á distancia de tiro de fusil desplegaron su línea de batalla, momento en que debiamos haberlos cargado: mas no se dió órden ninguna, así es que luego que rompieron á discrecion el fuego de infanteria, la desbandada fué jeneral, sin que quedase un solo hombre en el campo. El Coronel Olabarria se retiró á la frontera con los soldados que pudo reunir. D. Juan Martin Puirredon se embarcó en San Isidro y se dirijió á la Colonia á incorporarse al Sr. Liniers, que en aquel punto reunia las tropas que debian venir á la Reconquista. Yo me quedé con treinta hombres, con algunos que se me agregaron, de un punto á otro de la campaña esperando el arribo de la expedicion del Sr. Liniers. Luego que supe la llegada de la expedicion á San Isidro, fui y me incorporé al Sr. Liniers, quien me ordenó que en aquella hora marchase y me mantuviese por las quintas de Buenos Aires, estando en observacion por si los enemigos hacian alguna salida, con el objeto de atacarnos en nuestro mismo campo, y que de todo le diese diariamente parte. Yo me entraba todos los dias á la ciudad y lo pasaba tiroteandome con los centinelas avanzadas de los ingleses. En uno de esos dias tuve una fuerte guerrilla en frente de la Iglesia de San Miguel, en la que perdí cuatro hombres y uno mal herido.

Cuando el Sr. Liniers levantó su campo de San Isidro me incorporé á él: al día siguiente marchamos hasta la Chacarra de los Colejiales. De allí dirijimos nuestra marcha sobre la ciudad. Entramos al Retiro, matamos, acuchillamos y tomamos prisioneros á una porcion de los ingleses que estaban en él y en la

plaza de toros. Al día siguiente nos mantuvimos en el Retiro, y al otro dia pensamos permanecer allí con el objeto de que se incorporasen todos los que de la ciudad saliesen á unirse al ejército: mas habiéndose disuadido la voz repentinamente en todo el ejército, de que los *Miñones* se habian apoderado de la Catedral, el Sr. Liniers mandó tocar jenerala. Fraccionó el ejército en dos divisiones. A la cabeza de la una se puso el mismo Sr. Liniers que tomó la calle de la Merced, (hoy de la Paz) y la otra la calle del Retiro (hoy de la Florida) y marchamos á paso de trote á la plaza arrollando á todos los ingleses que se nos oponian, desalojándolos de los puestos que ocupaban en la plaza hasta encerrarlos en la fortaleza. Sin embargo allí se sostuvieron algun corto tiempo, hasta que Berresford se presentó sobre el muro, pidiendo capitular. Se le contestó que dejasen sus armas en la fortaleza, que saliesen sin ellas á la plaza del Cabildo, y que sus vidas estaban seguras. Accedió á ello el jeneral ingles. Entonces nuestras tropas formaron calle desde el Fuerte hasta el Cabildo. Los ingleses salieron formados sin armas. Yo estuve comisionado por el Sr. Liniers, bajo los mismos portales del Cabildo, para que todos los jefes y oficiales, conforme fuesen entrando dejasen allí sus espadas, como lo efectuaron. Luego que estuvieron encerrados arriba se puso una fuerte guardia de *Miñones*: y los que no estábamos de servicio nos retiramos á nuestras casas, quedando nuestras fuerzas en posesion plena de la ciudad. A consecuencia de esta capitulacion se embarcaron los ingleses. El Sr. Liniers quedó en el mando de la plaza, y espidió un

decreto para que se formasen cuerpos de los hijos del pais y españoles. Se formaron batallones de Patricios cuya fuerza ascendia á dos mil y quinientos hombres, al mando de D. Cornelio Saavedra, un batallon de arribeños de cerca de 900 plazas, al mando de D. Francisco Antonio Ocampo, otro de andaluces de la misma fuerza, al mando de D. José Merelo, otro de gallegos de 600 plazas, al mando de D. Pedro Cerviño, otro de Miñones de 400 y tantas plazas, al mando de Reynal, otro de montañeses de 600 y tantas plazas, al mando de D. Pedro Andres Garcia, otro de granaderos de Infanteria, al mando de D. Florencio Terrada, otro de vizcainos de 600 y tantas plazas, al mando de D. Gerardo Esteva y Llarca, un cuerpo de dependientes de la maestranza de 200 y tantas plazas, al mando de D. Manuel Rivera.—El primer escuadron de caballeria lo mandaba yo, el segundo D. Lucas Vivas, el tercero D. Pedro Nufiez, el cuarto D. Alejos Castex, el quinto D. Diego Herrera.—Todos estos escuadrones constaban de 150 plazas cada uno. El Sr. Liniers ordenó que todos ellos debian uniformarse á costa de los individuos que los componian. Así se cumplió; y jamas Buenos Aires verá tropas mas lucidas.

Se empezaron los ejercicios doctrinales dos dias en la semana, hasta que se tuvo noticia de que se preparaba contra Buenos Aires, una segunda y grande expedicion británica. Entonces los ejercicios fueron por la mañana y á la tarde. Puede asegurarse que á los tres meses despues de la creacion de estos cuerpos, podian ellos competir con las mejores

4
tropas de Europa en su disciplina y maniobras.

Al fin entró al Río de la Plata la anunciada, grande expedición inglesa. Esta puso la proa á la Ensenada, y desembarcó en este punto todo su ejército. Sabedor de esto el Sr. Liniers, me ordenó que saliese inmediatamente con mi escuadra, y que viniese siempre á vanguardia del enemigo, observando sus marchas, y dándole parte por horas, de lo que creyese digno de llegar á su conocimiento. Esa misma noche sali, y amaneci sobre la loma de la Ensenada: allí me mantuve cinco dias esperando que el ejército enemigo emprendiese su marcha, venciendo el gran obstáculo que le presentaba el gran bañado que tenia que atravesar, que con las muchas lluvias era un obstáculo casi insuperable. Sin embargo ellos emprendieron su marcha venciendo este obstáculo con grandes fatigas y trabajos, perdiendo algunas piezas de artillería que no pudieron sacar, por habersé entrado hasta las mazas. La marcha la iniciaron por la mañana muy temprano, y no salieron á las lomas hasta la tarde; á pesar de que la distancia que tenían que andar era de menos de una legua. Esa noche camparon allí: y tuvimos nuestro tiroteo. El tiempo era lluvioso, y hasta el otro día á las 12 no emprendieron la marcha. De consiguiente no anduvieron sino legua y tres cuartos; es decir, hasta llegar á la estancia grande de mi casa. Campados allí, echaron á tierra tres hermosos corrales de Mandubay. Entraron á las casas, rompieron las puertas é hicieron pedazos cuantos muebles habia. Echaron abajo la puerta de la capilla, tiraron los santos. Los arrojaron al patio, rompieron

todos los cuadros é hicieron pedazos el altar. Sacaron los ornamentos y andaban bulescamente con ellos puestos. Esa noche les matamos tres hombres, que al día siguiente, antes de emprender su marcha, los entraron adentro de la casa y los pusieron bajo de los corredores. Ese día rompieron su marcha de las doce á la una del día. Llegaron á la otra estancia nuestra, que está como dos leguas de la primera viniendo para la ciudad: al día siguiente temprano volvieron á continuar su marcha. Ese día caminaron unas cuatro leguas, siempre hostilizados por mi día y noche. Así marcharon hasta llegar al bañado de Santo Domingo y de allí, se dirijieron con direccion al paso de Burgos. Nuestro ejército habia pasado el Puente de Barracas. Luego que vió la direccion del ejército enemigo marchó, como al encuentro de él. Eligió su campo de posiciones y formó su línea de batalla. El enemigo tambien formó la suya, apoyando su flanco izquierdo sobre el mismo Paso de Burgos, mas viendo el Sr. Liniers que el frente del enemigo se iba disminuyendo, observó que por su flanco derecho iban desfilando y marchando por retaguardia de la línea y pasando el Paso de Burgos. Entonces el Sr. Liniers tomó como dos mil hombres, reparó el puente y marchó hácia los Corrales de Miserere, dando la orden al Mayor General Balviani, para que con todo el ejército marchase á ocupar la plaza. Efectivamente en el acto se emprendió la marcha. Tomamos la calle de Barracas, doblamos por Santa Lucia y subimos por la quinta de Gallegos, tomando la calle derecha de la Residencia que va directamente á la plaza. Al entrar

5
el ejército en esa calle, los hombres que lo componian que hacia dos dias que no dormian ni comian, se iban sentando en todos los umbrales de las puertas de calle. Allí se quedaban dormidos, sia que hubiese poder humano que los hiciese marchar; y otros que al paso ganaban sus casas. Así que llegamos á la plaza con la mitad del ejército menos, y despues de estar allí, á las diez de la noche no quedó nadie; á lo que contribuyó la noticia de la derrota del Sr. Liniers en los corrales de Miserere. Solo quedaron mi escuadron y el batallon de granaderos que mandaba el Sr. Terrada. Yo puse dos avanzadas de 25 hombres cada una, á tres cuádras de la plaza, en la calle del Cabildo (hoy de la Victoria) y calle de las Torres (hoy de la Plata.) Hice desmontar lo demas de la tropa, y se acostaron á dormir bajo de los portales del Cabildo. El Sr. Terrada entró su batallon en lo que es la policía hoy, y se acostaron tambien en los corredores de esta casa y habitaciones que habia desocupadas.

En aquella noche lo consideré todo perdido, y á la verdad que si el Jeneral Witelock hubiese destacado solo 200 hombres, á que se posesionasen de la plaza, lo hubieran conseguido sin oposicion la mas pequeña, y en este caso haber marchado con todo su ejército á ocuparla; mas felizmente este hombre no supo aprovecharse de las circunstancias tan favorables que se le presentaban, sin duda por no variar un punto del plan de ataque que se habia propuesto. Al día siguiente á las 4 de la mañana, sentimos ya multitud de carretas y carretillas cargadas de viveres de todo jénero; amontonándolos en el Cabildo y en el Fuerte;

haciendo cortaduras en todas las calles, y colocando artillería de calibre en todas ellas. Así es que á las 12 del día no solo no nos faltaba un hombre, sino creo que el ejército se habia aumentado. Ocupamos todas las azoteas esperando así el ataque del enemigo, que lo emprendió al día siguiente, mandando fuertes divisiones, á ocupar los puntos mas dominantes de la ciudad, como el Retiro, San Miguel, la Residencia, &c. Ocupados estos puntos por los enemigos, dejando bien guarnecidas las azoteas, salieron por las calles á guerrillarlos en los mismos puntos que ocupaban, hasta que estas divisiones emprendieron su marcha á la plaza, por medio de un fuego espantoso, que se les hacia desde las azoteas, á donde ya se habian replegado todos los nuestros. Así es que la division que emprendió su marcha por la calle de la Ranchería, no pudo llegar sino hasta la casa de la Vireina viuda, en otro tiempo de Medrano; aunque la artillería avanzó hasta desembocar la plazoleta de la Ranchería. Allí quedaron muertos todos los artilleros y las bestias que tiraban los cañones. Solo un ingles se avanzó hasta la puerta del Correo viejo, y allí murió. De los que habian ganado la casa de la Vireina viuda, puede decirse que no escapó ninguno. Parece exagerado decir que por los caños de las azoteas corria la sangre á la calle, pero así sucedió. La division que tomó por la calle de Santo Domingo, no pudo avanzar de esta iglesia un paso mas adelante. Allí se usilaron todos, hasta que fueron rendidos.

La division que ocupó á San Miguel, toda se dispersó por las calles. Una division que habia ganado la casa de D.

Martin Elordi, se sostenia dentro de las piezas. Yo entré por los fondos, hice varios agujeros en las paredes que correspondian á las piezas donde ellos estaban, y por allí empezamos á hacerles fuego, hasta obligarlos á salir á la calle, rindiéndose como ochenta soldados, varios oficiales, y un coronel á quien tomé del brazo; marchando con todos ellos al Fuerte. De allí pasé á la calle detrás de Santo Domingo á casa de D. Diego Baragaña, donde se habian refugiado sobre 200 rifles y se sostenian tenazmente. Luego que yo llegué con 200 hombres, con los que se me habian agregado por las calles, se emprendió con mas vigor el ataque, hasta que salieron dos oficiales con seis soldados con sus armas, y uno de los oficiales con un pañuelo blanco indicando que querian capitular. Con este motivo me avancé hácia ellos con dos de mis ayudantes. Luego que llegué á ellos, me invitaron á que entrase adentro. Resistiéndome á esta invitacion, les dije que ellos debian dejar las armas, y salir afuera, como prisioneros, que sus vidas estaban seguras. Estos se separaron entonces, hablándoles en su idioma á los soldados, quienes en el acto echando el arma á la cara nos hicieron una descarga á quemar ropa; matando en el acto á mis dos ayudantes, y balandome á mí en el brazo izquierdo, pero sin internar al hueso. Entonces se renovó el ataque con mas vigor, hasta que los mismos soldados enemigos, abandonaron las armas y en grupos salieron á la calle á presentarse como prisioneros; los dos oficiales que se finjieron parlamentarios fueron muertos en el acto; y á la tropa y al resto de los oficiales los condujimos al Fuerte.

De allí volvimos atras de Santo Domingo á la casa de D. Juan Martin Puirredon; con el objeto de hacer fuego á los que ocupaban las bóvedas y la torre de la iglesia; pero como ellos coronaban un punto tan dominante y que nos ponía á nosotros en gran peligro, abandonamos esa casa y fuimos desde allí á Santo Domingo, en donde se sostenia un fuego horroroso, por las azoteas inmediatas y multitud de jente por la calle y mas los fuegos de artillería de la fortaleza; pero cuando llegué, se rendia la division enemiga que se habia asilado allí. En esta circunstancia el Jeneral Witelock quedó aislado y solo en el cuartel del Retiro, desde donde pidió capitular.

Se entró en la capitulacion, que fué en los términos que constan en los documentos oficiales del tiempo. De ellos solo tengo presente que D. Martin Alzaga, Alcalde de primer voto en aquel tiempo, le dijo á Liniers que era preciso pedir la evacuacion de la plaza de Montevideo. Contestó Liniers á esta proposicion de Alzaga que era un disparate, que los ingleses nunca abandonarían la plaza de Montevideo; sin embargo Alzaga insistió y Liniers tuvo que ceder; siendo este un punto de la capitulacion, á que accedió de plano Witelock.

En el acto fué nombrado D. Javier Elio gobernador de la plaza de Montevideo. Esto me pidió al Virey para que yo le acompañase con mi escuadron, á lo que accedió el Sr. Liniers y nos embarcamos á los tres dias. Llegados á Montevideo, Elio se mantuvo ocho dias sin recibirse del gobierno, esperando á que se reembarsase la guarnicion inglesa y varios comerciantes de esta nacion, con sus intereses correspondientes. In-

mediatamente que todos se embarcaron Elio se recibió. La escuadra habia zarpado de las balizas de Buenos Aires y fondeado al frente de Montevideo. Estando coniendo con Elio sentimos un cañonazo; salimos corriendo á ver lo que era y ya vimos la escuadra toda á la vela. Era una ciudad en medio de la mar.

D. Hilarion de la Quintana fué despachado á España conduciendo el parte de la heroica defensa de Buenos Aires, y las capitulaciones de Witelock.

Al mes de estar yo en Montevideo de guarnicion, mandó el Sr. Liniers orden para que regresase á Buenos Aires. Inmediatamente me embarqué, y llegado á esta ciudad continué de servicio en la guarnicion.

De resultados de la llegada del Sr. Quintana á España, recibió el Sr. Liniers un real decreto para que premiasse á nombre de S. M. á todos los que se hubiesen distinguido en la reconquista y defensa de Buenos Aires, "de modo que "todos quedasen satisfechos, de que sus "servicios habian sido justamente recom-"pensados." El primer paso que dió el Sr. Liniers á consecuencia de este real decreto, fué que el primer escuadron de Húsares que yo mandaba se elevase á rejimiento, con la denominacion de Húsares del Rey, que antes llevaba la de húsares de Puirredon, por haber este formado este escuadron. Al mismo tiempo se me libró el despacho de coronel de ejército, con sueldo de tal, quedando á la cabeza del mismo rejimiento; se me dió tambien en la Banda Oriental como sesenta leguas cuadradas, para mí, mis hijos y sucesores; no habiendo ninguno que hubiese recibido un premio igual.

En esta graduacion entré yo á la revolucion. No entré á ella á adquirir empleos. Desde que se trató de dar el grito de libertad, todo lo abandoné como se verá mas adelante.

El Sr. Liniers, continuó en su mando siempre estimado y querido del pueblo y del ejército. Sin embargo, el Cabildo se propuso el plan de echarlo abajo y reasumir el mando. Para esto entró á sobornar y seducir alguna jente de la plebe, echando sus emisarios con este objeto, y cuando mas distante estábamos de que pudiese haber novedad alguna en el pueblo, respecto de la persona del Sr. Liniers, empieza una mañana muy temprano la campana del Cabildo á llamar al pueblo. A esta señal concurre mucha jente de la chusma á la plaza. A esta novedad corrimos tambien á ella D. Juan Ramon Balcarce y yo; preguntamos en el camino qué novedad era. Se nos dijo que se trataba de quitar el mando al Sr. Liniers, y reasumirlo el Cabildo compuesto de españoles, á pretesto de que Liniers era frances.

Fuimos al Fuerte, subimos arriba, y nos encontramos al Sr. Liniers, que andaba solo paseándose en la sala de recibimiento. Salimos corriendo de allí, le di la orden al teniente coronel Balcarce, para que fuese al cuartel, montase el rejimiento y viniese á la plaza; mientras yo me dirigía al cuartel de Patricios, suponiendo una orden del Virey para Saavedra. Llegué al cuartel y me encontré con D. Francisco Pico que era el capitán de granaderos. Pregunté si estaba Saavedra allí, y diciéndome que sí: lo dije:—"El Sr. Virey me manda que le

“diga que hace: qué si no oyen la campana del Cabildo, y que si no saben que el pueblo se está reuniendo en la plaza.” Lo primero que hizo Pico fué tirar allí mismo la capa, y subir corriendo á llamar á Saavedra, quien bajó inmediatamente, y le dije lo mismo que habia dicho á Pico, suponiendo siempre que era de parte del Sr. Liniers. Felizmente con la novedad de la llamada del Cabildo y de reunirse la jente en la plaza, todos los Patricios corrieron á su cuartel. Asi es que en el acto se tocó llamada, se formaron los batallones y salimos inmediatamente. Yo no me separé del lado de Saavedra hasta que formó sus batallones en la plaza, encontrando ya allí formado el batallon de artillería. A los pocos momentos llegó Balcarce con el rejimiento. Entonces marchamos con Saavedra, y porcion de oficiales que nos seguian al fuertete. Saavedra iba con un pañuelo atado en la cabeza. Subimos arriba, y desde que nos vió el Sr. Liniers, se vino á nosotros. Entonces tomé yo la palabra y le dije: —Sr. qué novedad es esta?— y me contestó: —“dicen que el pueblo no quiere que continúe mas en el mando y que con este objeto se está reuniendo en la plaza.”—Le contesté yo, que era la mayor de las imposturas, que eso solo era obra del Cabildo, que todo lo que habia en la plaza era una chusma indecente; que por lo que era el pueblo lo apreciaba; que el ejército estaba resuelto á sostenerlo; que se asomase á la plaza y lo veria; que estuviese seguro asi del pueblo como del ejército, y que nadie osaria llegar á su persona sin pisar nuestros cadáveres. Entonces tomó la palabra Saavedra y le habló en el

mismo sentido con mucha firmeza. Liniers, despues de haberlo oido, dió vuelta, fué á donde estaba el Cabildo, agarró lo que hasta entonces habian escrito, lo hizo pedazos, y ordenó al Cabildo que se retirase. Nosotros en seguida bajamos abajo con el objeto de despejar la plaza. En el momento que la reunion sintió esto, los que la componian se mandaron mudar mas que de prisa, y á algunos que se obstinaron en mantenerse allí, Balcarce los cargó, los acuchilló y metió á muchos en la carcel. De los revoltosos quedaron algunos muertos y varios heridos. Asi es que en menos de quince minutos quedó este negocio concluido; y el Sr. Liniers continuó en su mando hasta que concluyó su periodo legal, sin que en lo sucesivo hubiese habido la menor novedad.”

En su lugar fué nombrado el teniente Jeneral de marina D. Baltazar Hidalgo de Cisneros. Este Señor llegó hasta Montevideo; no pasó mas adelante receloso de no ser recibido en Buenos Aires. Sin duda habia recibido algunos informes falsos de que no seria recibido en aquella ciudad, por el amor que se tenia á Liniers. Asi es que mandó al Sr. Mariscal Nieto para que se recibiese interinamente del mando, quien fué recibido sin que ocurriera novedad alguna. Entonces el Sr. Cisneros se vino á la Colonia con el batallon de Marina y el de Miñones. Desde allí pasó una orden el Sr. Cisneros al teniente jeneral Huidobro, como á todos los comandantes de los demas cuerpos de la guarnicion, para que pasasen á presentárselo á la Colonia. El pueblo que supo esto se agolpó á casa del Sr. Liniers, á fin de impedirle su embarco; temeroso de que el

llamamiento de Cisneros, fuese con el objeto de prendernos y enviarnos á España.

Liniers no pudo persuadir al pueblo de lo contrario. Era la una de la noche, la casa y la calle estaban llenas de jente. Me llamó á su aposento, y me dijo: A las cuatro de la mañana precisamente esta Vd. en el muelle esperandome. Allí nos guardará Romarate.

Efectivamente, á las cuatro de la mañana estuve en el muelle. Romarate estaba ya con el bote. Liniers que pudo desembarcarse del pueblo, llegó á los pocos instantes. Entramos en el bote y nos fuimos á bordo. Se hizo nuestro buque á la vela, y aunque el viento no era muy favorable en pocas horas arribamos á la Colonia. Desembarcamos y nos dirigimos á la habitacion del Sr. Cisneros. La sala estaba llena de jefes y oficiales de marina y miñones. Se hizo anunciar el Sr. Liniers, y salió el Sr. Cisneros, que estaba encerrado en un cuarto con Ruiz Huidobro, que habia llegado primero que nosotros. Se abrazaron ambos, y Cisneros le condujo al mismo cuarto donde estaba con Huidobro. Se estuvieron allí como tres horas encerrados. Al cabo de este tiempo salió Liniers y Cisneros acompañándolo. Entonces me presentó Liniers al nuevo Virey, quien me recibió con mucho cariño ofreciéndome su proteccion para lo sucesivo. Fuimos al puerto, nos embarcamos y regresamos de nuevo á Buenos Aires, haciendo volver á todos los demas jefes que encontrábamos en el camino.

A los cuatro ó cinco dias de esta entrevista se embarcó Cisneros para Buenos Aires; desembarcó en el muelle; di-

rijió su marcha para la fortaleza en medio de un inmenso pueblo que lo acompañaba. Al poco tiempo de esto se marchó el Sr. Liniers para Córdoba, continuando Cisneros tranquilamente en el mando del vireinato.

A los nueve meses de estar Cisneros ocupando la silla del Vireinato, creimos que ya era tiempo de pensar en nosotros mismos. Ocupada la España por numerosísimos ejércitos franceses, y en posesion de todas las plazas mas fuertes de ella, creimos que los españoles jamas podrian sacudirse de tan inmenso poder. De consiguiente empezamos á tratar muy secretamente, sobre nuestra seguridad á fin de no correr la suerte de los españoles. Esto no podia hacerse sin que recayese el gobierno en nuestras manos. Y esto mismo hacia tanto mas necesaria la deposicion de Cisneros.

Cisneros que empezó á sentir que se trataba de revolucion, citó á todos los jefes veteranos y urbanos á la fortaleza. Nos dijo que por los avisos que tenia sabia que se trataba de hacer un movimiento. Sobre esto nos habló como media hora. Concluida su grande arenga exigió de todos los jefes que firmásemos un compromiso de sostener la autoridad hasta derramar la última gota de sangre. El coronel Merlo, del Píjio, tomó la palabra y dijo: —“Exmo. Sr. yo y mi fuerza armada, con la que debe en todo caso contar V. E., está pronta á sacrificarse en sosten de la autoridad de V. E.”—Entonces le contesté yo: —“Eso se verá mañana.”—Sin duda Cisneros no lo oyó porque era muy sordo, pero los oidores que lo rodeaban, pues que la conferencia se tenia en plena audiencia, se quedaron tan blancos como

un papel. Exigiendo Cisneros de nuevo que firmásemos el compromiso, tomé yo la palabra y dije:—"Señor, no creo que es oportuno exigir nuestras firmas en este momento, y si creo sería mejor que eligiésemos otro lugar, donde "cada uno opinase con libertad, y que "del resultado se diese cuenta á V. E." Esto no tuvo efecto, y la revolucion se precipitó muy en breve.

D. Juan Martín Puirredon fué el que dió el primer paso á este respecto, citando sijilosamente á su casa á todos los jefes, así americanos como españoles. En la noche nos reunimos todos en la casa de su habitación. Hizo presente Puirredon, el motivo de la reunion, esperando que todos se convenciesen de la necesidad de un cambio, del cual resultase venir el gobierno á nuestras manos. Como debía esperarse hubo una grande oposicion por los jefes españoles, y muy particularmente por D. Pedro Andres Garcia que era el que llevaba la voz. Este hombre ejercia una gran influencia sobre D. Cornelio Saavedra, quien no se separaba de la opinion de Garcia. Toda la noche estuvimos allí hasta las cuatro de la mañana, sin poder arribar á ninguna cosa decisiva sobre el asunto que nos ocupaba. A esa hora nos retiramos, emplazados para volver á reunirnos la noche de ese mismo dia, que sucedió lo mismo que la primera, con solo que Saavedra nos permitió bajo de su palabra de honor, que cuando viniese la noticia de la toma de Sevilla por los franceses, contasen con él; pues creía que entonces era el momento mas oportuno.

Efectivamente nos retiramos y no pasaron quince dias, sin que la noticia lle-

gase á Buenos Aires de que los franceses se habian apoderado de Sevilla. Entonces fueron á mi casa, Vieytes, Peña, D. Francisco Passo y D. Agustin Donado, quienes me instruyeron de esta noticia. Entonces les contesté:—"Vdes, "saben lo que Saavedra nos ha prometido: mandémosle á llamar y exijámosle "su cumplimiento." Se mandó efectivamente á llamarle. No se le encontró porque se habia ido á su chacara. Se hizo llamar á Castelli, y tambien habia salido al campo. Entonces le propuse que llamásemos al Ayudante Mayor D. Juan José Viamont, que por su empleo en el Regimiento de Patricios; y siendo instructor de los tres batallones, creia que podia tener mucho ascendiente sobre ellos:—que se pusiese á la cabeza de ellos y esa misma noche venia Cisneros abajo.—Vino Viamont y le propusimos nuestra idea, pero él se negó diciendo:—que no estando Saavedra nada se podría hacer;—que si quieramos nos daría un mozo para que fuese á la chacara en que estaba con una carta nuestra mandándole á llamar. En el acto se escribió á él y á Castelli.

Este último vino á las ocho de la noche. Estuvimos en casa reunidos hasta las doce de la noche, esperando á Saavedra, pero no pareció. Se retiraron todos, quedando en volver al dia siguiente.

Como á las once del dia mandamos un criado á casa de Saavedra para ver si habia vendido. En ese mismo momento entraba por la puerta de la calle. Luego que se incorporó á nosotros, se le hizo presente lo que nos habia prometido hacia pocos dias, y se le instruyó de las noticias. Entonces él dijo que estaba

pronto á cumplir lo que habia prometido; que se contase con él; pero que era preciso buscar otro local donde nos reuniésemos esa noche: que fuese una calle menos concurrida que la en que yo vivia, (hoy calle de Cangallo, frente á la puerta del café de Catalanes.) Entonces D. Nicolas Peña dijo que nos podiamos reunir en su casa;—situada detras del hospital de San Miguel.—Se acordó allí que citáramos á los que habian de concurrir á la Junta. Así se hizo, y nos reunimos: D. Cornelio Saavedra, D. Manuel Belgrano, D. Francisco Antonio Ocampo, D. Florencio Terrada, D. Juan José Viamont, D. Antonio Luis Beruti, Dr. D. Feliciano Chiclana, Dr. D. Juan José Passo, su hermano D. Francisco, D. Hipólito Vieytes, D. Agustin Dorado y yo.

Esa tarde no se permitió salir á ningún soldado despues de la lista. Todos quedaron encerrados en sus cuarteles y completamente municionados; ignorando todos el motivo de esta novedad, como lo ignoraba tambien el pueblo. Empezamos, pues, á tratar sobre los primeros pasos que debian darse, y se resolvió mandar una comision á intimar á Cisneros la cesacion en el mando.

Resultó el nombramiento en el Dr. Castelli y yo,—y para asegurarnos mejor, pedimos que el Comandante de granaderos de infanteria Terrada, fuese con nosotros; pues su batallon estaba acuartelado en el Fuerte, y bajo los balcones del mismo Cisneros, y como en él habia muchos oficiales españoles, temiamos que al momento de la intimacion se asomase Cisneros á un balcon, llamase á los granaderos y nos hiciese amarrar.

El Comandante Terrada fué con nos-

otros; se puso á la cabeza de sus granaderos, y nosotros subimos. Entramos á la sala de recibí, y encontramos allí á Cisneros jugando á los naipes con el Brigadier Quintana, el fiscal Caspe, y un Guaicolea edecan suyo. Nos dirijimos á la mesa. Tomó la palabra Castelli, y dijo: "Exmo. Sr.: tenemos el sentimiento de venir en comision por el pueblo y el ejército, que está en armas, á intimar á V. E. la cesacion en el mando del Vireynato." A la vez se levantaron todos, al oír tal intimacion. Cisneros se levantó lleno de fuego hacia Castelli, diciendo qué atrevimiento era aquel, "que cómo se atropellaba la persona del Rey que él representaba; que era el mas grande atentado que se podia cometer contra la autoridad." Castelli le contestó "que no se acalorase, que la cosa no tenia remedio." Entonces tomó yo la palabra, y le dije: "Señor: cinco minutos es el plazo que se nos ha dado para volver con la contestacion; vea V. E. lo que hace." Entonces Caspe le llamó á su despacho, estuvieron un momento juntos, salieron y Cisneros mas templado: "Señores, me dijo, cuanto siento, los grandes males que van á venir sobre este pueblo de resultas de este paso! Bien pues, puesto que el pueblo no me quiere, y el ejército me abandona, hagan vds. lo que quieran." Entonces nos despedimos, y al dar vuelta nos dice: "Y bien, Señores, qué es lo que Vdes. piensan respecto de mi persona y familia." Castelli le contestó: "Señor, la persona de V. E. y su familia están entre americanos, y esto debe tranquilizarlo." Salimos de allí y nos dirijimos á la casa de la reunion, diciendo: "Señores: la cosa es hecha: Cis-

neros ha cedido de plano, y dice que hagamos lo que querramos." Nos empezamos á abrazar, á dar vivas, á tirar los sombreros por el aire.

En el acto salieron Beruti Peña y Donado, con varios criados y canastas á recolectar todos los dulces y licores que hubiese en las confiterías. Se puso una gran mesa en casa de Peña que duró tres días cubriéndose de continuo para que entrase todo el mundo que quisiese á refrescar.

Esa misma noche fuimos á casa del Sr. Leiva, que era el primero de los abogados y asesor de casi todos los Virreyes incluso Cisneros, Saavedra, Castelli, el Dr. Passo, Balcarce y yo. Le hicimos presente el paso que acabábamos de dar. El nos preguntó dónde estaba Cisneros. Le dijimos que en el Fuerte. "Supongo replicó, que estará preso allí." Y diciéndole que no, nos dijo que hacíamos muy mal, que el primer paso que habíamos de dar era asegurar la persona del Virrey. Entonces le con-

testé yo que "que pensaba que podía hacer ese pobre hombre, que no contaba con mas fuerza que con el regimiento Fijo y Dragones que estaban en esquelito? y mientras tanto teníamos sobre las armas cinco mil hombres." Leiva replicó: "Señores: ustedes saben los años que hace que manejo á estos hombres, y ustedes no pueden figurarse el prestigio que ejercen sobre los pueblos, y esa misma fuerza con que V. cuenta hoy, Sr. Coronel, puede ser que sea la misma que los amarrará mañana." Despues de esto nos retiramos.

Supimos al dia siguiente que luego que salimos nosotros, habia entrado allí Cisneros, con todos los oidores, y que trastornaron las resoluciones patrióticas de Leiva; como se verá por su voto contra el movimiento en el Cabildo abierto que tuvo lugar.....

(Al llegar aqui, la grave enfermedad que nos ha privado del General no le dejó continuar mas.)



FIN.